

presagio de la ruptura. «Ya no queda á Vuestra Majestad más que tomar las armas, escribía Cobentzel al Emperador; Francia se niega á volver sobre los hechos consumados en Italia y en Suiza, y á extender nuestras fronteras. Sin duda, el Directorio no quiere aún la lucha abierta; pero es evidente que una paz duradera es imposible, no dando satisfacción á nuestros justos agravios y á los intereses más esenciales de nuestra monarquía». Las conferencias se cerraron el cinco de Julio. Toda esperanza de paz se desvaneció en Viena, cuya corte tomó la resolución de no retroceder un paso, armarse hasta los dientes y asegurarse eficaces alianzas.

El Directorio debía de estar dejado de la mano de Dios. ¿No advertía que, con su agresiva, avasalladora y criminal política, concitaba los odios de todos, lo mismo de los reyes que de los pueblos, contra el nombre francés? Dígalo si no el czar de Rusia, Pablo, cuyos sentimientos se cambiaron de pacíficos en belicosos en la primavera del ochenta y ocho, no más que por los excesos y atropellos de los agentes del Directorio. A la noticia de que los franceses maquinaban devolver la independencia á Polonia, cerró la entrada en sus dominios á todo francés, y luego, á todo extranjero; cuando se enteró de los grandes armamentos marítimos en Tolón, temiendo por la península de los Balkanes, mandó concentrar tropas en el litoral del mar Negro y que sus navíos de línea cruzasen de Sebastopol á Odesa; cuando le informaron del escándalo provocado en Viena por Bernadotte, puso parte de su flota del mar Báltico á disposición de los ingleses, para que éstos enviasen una escuadra al Mediterráneo, lo que era ya una medida de hostilidad contra Francia. Puesto en esta actitud, gustoso aceptó Pablo la petición que le dirigieran Austria y Prusia de mediar en el pleito de las indemnizaciones, para lo cual envió á Berlín á uno de los personajes más importantes de su corte y ejército, el conde Repnin, que debía tratar el asunto en unión del embajador de Rusia, conde Panin, del príncipe Reus, representante del Austria, y de los ministros prusianos. El deseo de Pablo, que expuso Panin, de que las dos cortes alemanas, Inglaterra, Dinamarca y Rusia se uniesen para garantizar la seguridad y la inviolabilidad de todos, fué desechado por los ministros prusianos. En las instrucciones al príncipe de Repnin, se refleja el cambio efectuado en los sentimientos del Czar. «A la menor hostilidad de los franceses, se decía en ellas, estamos dispuestos á defender á Prusia con todas nuestras fuerzas; si la corte de Berlín permanece sorda á tan sinceras declaraciones, tendremos motivo para sospechar que se pone de parte del común enemigo». Esta amenaza había de resultar ineficaz. El gabinete de Berlín estaba resuelto á no salir de la neutralidad. Las conferencias, que duraron del veintiuno de Mayo al catorce de Julio, empezaron siendo muy cordiales; pero faltó poco para que acabaran como el rosario de la aurora. A la cuestión planteada por Repnin: «Si, caso de estallar la guerra entre Austria y Francia, estaba Prusia dispuesta á sostener la neutralidad del Imperio alemán que propondría el Austria», el ministro prusiano Finkenstein contestó remi-

tiéndose á las instrucciones dadas á los enviados de Rastadt; á la pregunta de los ministros prusianos: «Si, por la renuncia recíproca á toda adquisición de territorio, se entendía que Austria se contentaría en Italia con lo que se le había adjudicado en Campo-Formio», Reuss pegó un salto en la silla, y dijo que el Austria jamás consentiría que se mezclase el tratado de Campo-Formio en las discusiones relativas a la paz de Alemania. Habiéndose quedado solo con los ministros prusianos, Repnin redactó un proyecto de convenio bastante hábil, pero que no agradó á ninguna de las dos partes. No había que darle vueltas: sacar á Prusia de la neutralidad era vano empeño.

Estos sentimientos pacíficos del gabinete de Berlín acabaron de irritar al Czar contra Prusia, sin que se atenuase su cólera contra los jacobinos. Se pasó todo el mes de Mayo no hablando más que de guerra. Nada se observaba, sin embargo, en sus actos, que correspondiese á sus palabras. Tampoco estaba satisfecho del Austria, que suscitaba obstáculos á la guerra santa por unos miserables florines, negándose á firmar á Inglaterra el tratado de empréstito del 97. Aumentó su disgusto y su desconfianza el viaje de Cobentzel á Rastadt y luego á Selz, para una negociación secreta con Francia. Pablo soñaba en una lucha de principios, pura y desinteresada, y se enfurecía al ver á Thugut dispuesto por segunda vez á vender el alma al diablo por una provincia italiana. Cuando las negociaciones de Selz fracasaron, Thugut envió á San Petersburgo, en ayuda de su embajador, el conde Dietrichstein, al príncipe Fernando de Wurtemberg, hermano de la mujer del Czar, Maria. En los primeros días de Julio llegó Fernando al castillo de Paulowsk, donde residía la corte á la sazón. La entrevista fué borrascosa. El Emperador seguía desconfiando del Austria; la Emperatriz era enemiga de la guerra, y por ello se suscitaron altercados tan violentos que, del disgusto, Fernando pasó unos días en cama de calentura. Mas no era Fernando de los que ceden al primer tropiezo. Insistió en su demanda, y poco á poco fué ganando terreno. Una carta del Sultán al Czar, dándole expresivas gracias por el apoyo que le prometía contra los franceses, y la noticia de la toma de Malta por Bonaparte, aumentaron en estos días el ardor belicoso de Pablo. Mas la resolución definitiva nunca llegaba. Ya la desesperación comenzaba á rendir á Fernando, cuando, de repente, le dice el Czar: «Siéntate, toma un lápiz y escribe»; y le dictó el estado de un ejército de más de sesenta mil hombres, que contaba enviar contra los franceses, si Austria se comprometía á mantenerlo é Inglaterra á suministrarle los recursos necesarios. La excitación de Pablo fué creciendo en los días siguientes; quería declarar la guerra no sólo á Francia, mas también á Prusia. Pero nada había seguro aún en aquel carácter vidrioso y versátil. Hablábale Fernando de lo que le costaría al Austria reunir las sumas necesarias para mantener el ejército ruso, y de pronto oyó á Pablo interrumpirle con estas palabras: «Nada, si el sostén de mis tropas ha de serle tan costoso al Austria, parémonos aquí; el ejército no partirá». Viéndolo todo perdido, Fernando recurre á la postrera arma de su ingenio. «Bien

sabía yo, dijo, que todo el mal proviene de la profunda ceguera de los soberanos; el emperador reparte millones á sus favoritos y regatea unas raciones de pan; nunca habría sospechado que Pablo quisiese traficar con sus soldados». El Czar se enternece, le coge á Fernando las manos y, apretándoselas, le dice: «Me juzgas bien; tendrás el cuerpo de socorro». El príncipe no se da por satisfecho: «¿Podré tener, le pregunta, la promesa por escrito?»—«¿No te fías de mí?», exclamó Pablo.—«Con los grandes, respondió Fernando, las promesas nunca son seguras; hay en ellos dos personas, la una, que habla, la otra, que escribe; sólo la palabra escrita es cierta». Pablo se echó á reír y escribió la promesa, aunque sin firmarla, en una carta que alargó al príncipe. Esta vez su decisión era firme. Unos días después, el Czar entregó á Fernando la respuesta á la carta del Emperador, prometiendo enviarle el cuerpo de socorro. Al punto se circularon las órdenes convenientes. Se mandó al almirante Uschakoff llevar la flota de Sebastopol al estrecho de Constantinopla, y participar al sultán que estaba pronto á tomar parte en cualquier guerra de los turcos contra los franceses; al anciano general Rosenberg, reunir veinte mil hombres en Brezsc-Litewski y prepararlos para marchar al Austria; á Repnin, que se fuese de Berlín á Viena, para fijar con el gobierno imperial el plan de la próxima campaña. La alegría de Fernando por su importante victoria diplomática, fué amargada por los disturbios que estallaron ahora entre Pablo y María, y que habían de poner fin en breve y para siempre á su dicha conyugal.

Por tales rumbos marchaban las cosas en San Petersburgo, cuando Cobenzel regresó de Selz á Viena. Thugut, que aun no tenía noticia de la última resolución del Czar, aconsejó al Emperador enviarle á San Petersburgo, para impetrar de nuevo el socorro tantas veces solicitado. El treinta y uno de Agosto, escribió Cobenzel á su gobierno, desde la capital de Rusia, que no sólo estaba en marcha el cuerpo de diez y seis mil hombres, sino que otros sesenta mil esperaban, para marchar, la respuesta de Inglaterra á la petición de subsidios; que otra división, la de Gudowitsch, había de partir al sostén de los turcos, y que Pablo pedía con urgencia que tropas austriacas estuviesen dispuestas á obrar en el mismo sentido por la parte de Hungría. Sobre todos los otros extremos se pusieron de acuerdo las dos cortes imperiales. Sólo hubo, en medio de este concierto, una nota discordante, la declaración del embajador de Inglaterra, de que su gobierno no suministraría subsidio alguno mientras Austria no firmase el tratado de empréstito del noventa y siete; pero se esperaba que la energía de Pablo vencería la obstinación de su tenaz aliada. Peor que esto era el estado de ánimo de Thugut. La cosa tenía gracia. Después de haber trabajado con tanto empeño en atraer á Pablo á disposiciones belicosas, ahora que esto se había conseguido, merced al ascendiente de Fernando, Thugut se hizo el remolón. Los pasados desastres habían infiltrado en su pecho el pesimismo. Desconfiaba de todos: del emperador Pablo, por su naturaleza versátil; de los ingleses, por su tenden-

cia á imponerse; de los prusianos, que reputaba desleales. A sus ojos, todos los hombres eran malos; sus compatriotas, incapaces; informales, sus vecinos. Veía el mal en todas partes, en ninguna la esperanza. No quería romper las hostilidades sin motivo fundadísimo y reconocido por todos, ni sin plan fijo, sin medios seguros, sin fin bien marcado, sin haber recibido los subsidios de Inglaterra y sin que los rusos hubiesen llegado al teatro de la guerra, y tardarían aun tres meses en llegar. Con estos aplazamientos, se perdían las ventajas que la lucha ofrecía en estos momentos para la coalición. Cabalmente, en el verano del noventa y ocho, la República no disponía, para el servicio activo, más que de ciento cincuenta mil hombres: diez mil en Holanda, unos cuarenta mil en el Rhin, veinticinco mil en Suiza, cerca de setenta mil en Italia. Las tropas se hallaban mal abastecidas; la disciplina, muy relajada. Después de seis años de guerra, los soldados deseaban volver á sus casas, y las deserciones dejaban grandes claros en las filas. Entre los generales no había uno, después de la muerte de Hoche y de la partida del ejército de Italia, en cuyo talento pudiera tenerse confianza para mover grandes masas. Massena, Augereau, Joubert, Bernadotte y Saint-Cir eran generales excelentes, pero de división. A esta debilidad interior, juntábase el ardiente odio que á la gran República profesaban las pequeñas por ella fundadas, víctimas de continuos trastornos, atropellos y golpes de Estado, con el cortejo de saqueos, tributos y requisas. La vida era imposible. En Holanda, los diputados Vreede y Middeligh, apoyados por el embajador francés Delacroix, se señorean del poder merced á un golpe de fuerza, para ser derribados luego por el general Daendels, el doce de Junio; en Roma, los comisarios civiles arrebatan al príncipe Doria un viril cuajado de piedras preciosas y justipreciado en un millón, propiedad de su familia; en Génova, Belleville expulsa de los dos Consejos á quince diputados el mes de Agosto; en la Cisalpina, el embajador Trouve manda, el treinta y uno del mismo mes, á un destacamento de tropas francesas cercar el salón de sesiones del Cuerpo legislativo, para imponer una nueva Constitución, que aumentaba notablemente las atribuciones del Directorio; en Suiza, en fin, el juramento de obediencia á la Constitución y á las leyes, exigido por el gobierno de Aarau, produjo en Unterwalden un levantamiento popular, alimentado por sacerdotes y monjes y acaudillado por el capuchino Pablo Rieger, que recorrió el país de hábito, con sable y sombrero de plumas, y prometía, de lo alto de su caballo, el apoyo de la santa Virgen, el dinero de Inglaterra, las tropas de Austria y que las balas enemigas no alcanzarían á uno solo de los defensores de la fe. En esta situación, es evidente que si un cuerpo del ejército coligado hubiese aparecido en la frontera, todos los pequeños Estados, desde Nápoles hasta Holanda, se habrían levantado como un solo hombre contra la República. Tales y tan importantes eran las ventajas que Thugut desaprovechaba en sus vacilaciones.

Esto no obstante, la actitud de Rusia provocó en Viena actos que, sin ser aun la gue-

rra, habian de conducir á ella. En el mes de Agosto, el rey de Nápoles solicitó del emperador Francisco que le enviase, para organizar su ejército, al general Mack, petición que Thugut acogió gustoso, no tanto por consideración á Nápoles, cuanto por deshacerse de un intrigante. Los jefes de los grisonos, resistiéndose á la exigencia de los franceses de ingresar en la República helvética, invocan la protección de la división austriaca de Auffenberg, á la que el Emperador ordena el siete de Octubre invadir el cantón. Este hecho parece que debió haber sido la señal de la guerra. El Directorio retrocedió, enviando al general Schauenburgo, que habia puesto ya sus tropas en movimiento, la orden de retirarse. Estos incidentes y, sobre todo, la marcha de las columnas rusas y los activos preparativos del Austria, movieron al Directorio á tomar á su vez medidas de defensa. En la primavera del noventa y ocho, el general Jourdan habia presentado al Consejo de los Quinientos un proyecto de ley sobre el reclutamiento, basado en el servicio obligatorio, que no se discutió á causa de la paz. Lo reprodujo ahora el autor con algunas modificaciones, y los dos Consejos lo aprobaron. Establecía que todos los franceses, de veinte á veinticinco años, estarían á disposición de la patria, y formarían cinco clases, que serían llamadas al servicio sucesivamente, al tenor que la necesidad lo demandase, empezando por la más joven. Únicamente se eximió del servicio á los casados antes de esta ley y á los que hubiesen pagado su deuda á la patria en las campañas precedentes. Como los jóvenes de veintidós á veinticinco años habian entrado ya en la gran leva del noventa y tres, se votó una ley especial autorizando una leva de doscientos mil hombres y el crédito de ciento veinticinco millones para llevarla á efecto. Respecto de ambos extremos se tropezó con dificultades. La torpe política del Directorio habia generado en ambos Consejos fuerte oposición, en la que figuraban moderados, como Boulay de la Meurthe, y uno de los hermanos de Bonaparte, Luciano, y esta oposición hizo fracasar varios de los proyectos de impuesto presentados por el gobierno, que hubo de recurrir, para proporcionarse los ciento veinticinco millones, á la venta de parte de los bienes nacionales. De la leva huían los jóvenes, escondiéndose en bosques y montañas; en Vendée, Bretaña y Suiza, se produjo terrible agitación; en Bélgica se llegó á la insurrección, que duró todo el mes de Octubre y costó muchas víctimas al país. En todas partes se profesaba odio á muerte al Directorio, y es muy probable que la intervención de cualquier potencia extranjera en estos instantes hubiese bastado para derribarle. Mas esto servía á Thugut de nuevo argumento para no decidirse aun, alegando que la declaración de guerra le devolvería el apoyo del sentimiento nacional. Los hechos habian de poder más que la voluntad del imperial ministro.

Cuando, á mediados de Octubre, hubieron sido rechazadas las dos expediciones francesas contra Irlanda, acaudilladas respectivamente por el general Humbert y el almirante Bompard, el gabinete inglés se decidió á tomar la ofensiva. Mandó al comodoro Duck-

worth ir con una escuadra y numerosas tropas de desembarco á ocupar la isla de Menorca, lo que éste efectuó en Noviembre sin tropiezo; y á Nelson, después que hubo derrotado la flota francesa en Abukir, proteger las costas de Italia, obrar de acuerdo con los ejércitos austriaco y napolitano, y prestar vigoroso apoyo á las escuadras rusa y turca desde que se presentasen en el Mediterráneo. El veintitrés de Agosto, salió de Sebastopol la flota rusa del mar Negro, compuesta de seis navíos de línea y siete fragatas y llevando á bordo mil quinientos soldados; el primero de Septiembre, el sultán Selim III publicó la guerra santa contra los franceses; el tres, llegó la flota rusa al Bósforo, recibida por las aclamaciones de un pueblo inmenso apiñado en ambas riberas; el primero de Octubre, se puso á las órdenes del mismo almirante ruso, Uschahoff, una escuadra turca de seis navíos de línea y ocho ligeros, y el mismo día partieron juntas las dos escuadras con rumbo á las islas jónicas, las cuales ocuparon casi sin resistencia, á excepción de Corfu, que tardó tres meses en rendirse. Nelson fué recibido en Nápoles con frenético júbilo. El rey se adelantó tres leguas por mar á recibirle; la reina le preparó en palacio recepción triunfal; las calles se engalanaron é iluminaron durante tres noches, y el pueblo se agrupaba alrededor del ilustre marino aclamándole *il nostro libertatore*. Hasta el nueve de Octubre no llegó el general austriaco Mack, á quien la reina saludó con las palabras: «Sed para nosotros en tierra lo que Nelson ha sido en la mar». La flota inglesa se ausentó por unos días, para regular el bloqueo de Malta, y se consultó la actitud del Austria acerca de la campaña. A mediados de Noviembre, cuando el Rey y Mack estaban á punto de marchar contra Roma, á la cabeza de treinta y ocho mil hombres, y Nelson contra Liburna, llevando cuatro mil, se recibió de Thugut la terrible respuesta de que, si el rey de Nápoles tomaba la ofensiva, no contase con el Emperador. La noticia dejó frios á los reyes. Nelson les reanimó: «El rey, dijo, no tiene otra alternativa que marchar adelante, confiando en Dios y en su buena causa, y morir, si es preciso, con la espada en la mano, ó esperar tranquilo que se le expulse del reino».—«¡Adelante!», dijeron los reyes. El veinticuatro de Noviembre, cuatro columnas del ejército napolitano pasaron la frontera, é intimaron al comandante francés evacuar los Estados de la Iglesia. El Directorio declaró la guerra no solamente á Nápoles, mas también al inofensivo rey de Cerdeña, que hubo de firmar un tratado cediendo el Piamonte á la República francesa y retirándose, con su familia, á vivir en Cagliari. Mack acaudillaba treinta y ocho mil hombres; de quince mil solamente disponía el general Championnet, en Roma, y aun éstos dispersos en provincias. También Mack dividió sus fuerzas, enviando unos siete mil hombres al litoral Adriático, dos mil á Terni y otros tantos á Magliano. Con el cuerpo principal se dirigió á Roma, que Championnet evacuó, no sin dejar una guarnición en el castillo de Sant Angelo. El veintinueve de Noviembre entró en Roma el rey Fernando, aclamado por el pueblo como libertador. ¡Qué desilusión! Los soldados napolitanos maltrataron, saquearon y abusaron con tal ferocidad, que los des-